

¿Endogamia cultural?

EL ARTE TICO (PENSANDO EN VOZ ALTA): PRIMERA PARTE

Víctor Valembois*

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que (...) van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar.

José Martí, *NUESTRA AMÉRICA*.

1. Cuestión de perspectiva

El famoso cubano pensó lo reproducido en epígrafe en un contexto espacial y temporal determinados: la lucha de fines del siglo XIX por la independencia de su país, episodio por el que no solo escribió con la pluma agresiva, al mismo tiempo que poética, que lo caracteriza, sino que murió en combate, en defensa de sus ideas. A poco más de un siglo, sus palabras resultan proféticas, además de perfectamente aplicables en otro entorno: Costa Rica. Supongamos, entonces, que el gran patriota hubiese ponderado aquello, histórico y universal, para el aquí y el ahora, un terruño que también visitó y amó. Claro que muchísima agua ha corrido por el Virilla, lo cual no quita que el mensaje metafórico pueda decodificarse como sigue: ¿y si aquellos "gigantes engullendo

A don Julio Rodríguez, un tico fuera del montón, sin pelos en la lengua y con una pluma envidiable.

* Profesor de la Escuela de Estudios Generales. U. C. R.

mundos" fueran la imagen anticipada de las transnacionales, concentrándose entre sí, como ocurre en la presente década y qué tal si, con el "aldeano vanidoso", nos sintieramos aludidos?

La presente reflexión *soto voce*, aplicada al campo del arte costarricense en forma específica pero no excluyente, no pretende molestar a nadie; de hecho, aunque yo tenga en mente situaciones e instituciones específicas, quién sabe si alguien me vaya a reprochar que no concrete: sería caer en la casuística y en el chisme nada fructíferos. Ni siquiera se asoma por la mente obligar al avestruz a mirar dónde está el peligro. Sería inútil. El problema del vanidoso es que no sabe de su condición; la ven y la soportan los demás. Salvo que él haga un esfuerzo de introspección y efectúe un ulterior cambio de conducta, no hay nada que hacerle. De hecho, Martí tampoco puntualiza y no propone sacar a golpes al sonámbulo de su sueño. Pragmático señala que "lo que queda de aldea en América ha de despertar"; es decir, ha de ser un acto de autocritica, de constricción si se quiere, en términos cristianos. El cafecito para sacar al somnoliento plácido de su modorra, no reparador sino destructor, consistirá en aplicarle la técnica que, con su semiología, propone Umberto Eco: al jugar de extranjero, contemplemos la propia realidad circundante, a cierta distancia profiláctica y veremos qué revela el análisis, en la dulce ilusión de no estar practicando una autopsia.

Pretendo aplicar ese método de la perspectiva aquí, en esta etapa de diagnóstico, reservando para otro momento¹ una serie de observaciones críticas de tipo profiláctico frente a una enfermedad que me atreveré a calificar como "endogamia cultural". No me cuesta jugar de foráneo, porque legalmente lo soy, (y los mismos ticos no dejan de recordarle eso a uno todos los días); por otro lado sí, de verdad duele, porque esa es mi circunstancia desde hace casi tres décadas y, si me permiten revelar mi vanidad aldeana, como crítico de teatro y docente, he sido cómplice en más de una aventura, ilusión o desgracia que tomo bajo la lupa. Formar parte del objeto de estudio suele ser inhe-

rente a todo trabajo en ciencias sociales, siendo lo importante la actitud en el despertar. Aquí va entonces una "trincherita de ideas", en la línea de lo que también propone el gran Martí.

2. El escalpelo en el cuerpo y el alma del aldeano

Parto de una reflexión, tan natural como improvisada, de una francesa, al ver dos libros costarricenses editados recientemente. Se trataba casualmente de sendos trabajos redactados en forma de compendio y orientados preferentemente hacia el público de fuera, uno sobre historia del país y otro en relación con su literatura². La reacción espontánea fue "¡dichosos!, qué poquita historia tienen que aprender en este país" y "¡qué poco arte produjeron ellos!". Reflexioné sobre el acierto, por lo siguiente: incluso mi país, casi la mitad más pequeño que Costa Rica, por lo general, tiene más historiografía, lo cual, sin interpretarse en forma mecánica, se refleja en el grueso de los manuales respectivos, porque su historia escrita empieza en el año 57 antes de Cristo³; y desde luego, ¿cómo no va a ser voluminosa cualquier historia de la literatura gala?, con abundancia de manifestaciones literarias desde la temprana Edad Media, con tantas corrientes estéticas que se perfilaron y con numerosísimos protagonistas, cantidad de los cuales tuvieron una influencia determinante en el movimiento de las ideas políticas y estéticas de acá. Claro que de por medio está también la dependencia económica e ideológica que hasta hizo que, como en los casos epónimos de Darío a García Márquez, había que ir a Europa para manifestarse y triunfar.

Más allá de dimensiones físicas y tendencias geopolíticas, el asunto tiene que ver, además, y, sobre todo, con actitudes. A partir de ahora procedo a esbozar cinco de ellas, antes de llegar a formular la atrevida y dolorosa hipótesis anunciada, la cual tendría su demostración precisamente en los elementos expuestos.

2.1 Aislamiento "horizontal"

Desde la misma época de la Colonia llama la atención la oposición tajante, por un lado, entre un imperio débil pero cohesionado (por el idioma, estructuras políticas, arquitectónicas⁴ y religiosas, todo en forma centrípeta) y, por otro lado, la tendencia centrífuga que desde siempre se manifestó en los territorios conquistados. En este sentido, el caso de Costa Rica no es diferente al resto del subcontinente. En cambio, las colonizaciones anglosajonas desde temprano se manifestaron con una voluntad federal y de expansión territorial (los "frontier people") que soñaron los visionarios libertadores latinoamericanos. Pero al igual que Bolívar, todos araron en el mar.

En América Central, el separatismo interno se fomentó entre otros desde fuera por los ingleses: "divide et impera", cosa contra la cual no pudieron constructores mentales como del Valle (por las letras) y Morazán (por las armas). La guerra contra el filibustero generó una alianza de intereses centroamericanos, tan momentánea como fragmentaria, siendo que desde el mismo istmo se llamó a William Walker⁵ como aliado. Derrotado este, con justa razón antiesclavista, volvieron a privar los intereses locales, ni siquiera de una región o de una nación, sino de

León contra Granada allí, y de Cartago junto con Heredia contra San José y Alajuela aquí. Desde entonces, por más de un siglo, ha prevalecido una construcción nacionalista, clasista e interesada de la literatura y del arte, con etapas como la liberal de la Generación del Olimpo⁶ (últimas décadas del siglo XIX), el frustrado intento del realismo socializante (años treinta), modelo en contra de la oficialidad⁷, después el paradigma socialdemócrata (años cincuenta hasta principios de los setenta)⁸. La literatura y el arte costarricenses son



reflejo de esa voluntad constructivista, en diversas etapas interesantes y creativas en sí, todas comúnmente caracterizadas por lo que aquí llamo aislacionismo "horizontal", en el contexto centroamericano y latinoamericano. Pero, máxime porque el arte por definición rompe barreras⁹, para nada somos una isla y, sin embargo en literatura y teatro, por ejemplo, nos comportamos como si así fuera.

2.2 Aislamiento "vertical"

Desde luego, tal vivencia errónea de la realidad tiene raíces históricas. Nadie niega el contexto colonial en lo que ahora es Costa Rica, que no surgió sino tardíamente, después de lo que ahora son Panamá y Nicaragua, creadas ambas realidades en el fondo por obra y poca gracia de Pedroarias Dávila. "Castilla de Oro", entre otros con la Villa de Bruselas no tenían interés en las primeras décadas de la Conquista. Se conocen las cartas a la Corona, entre otros del Gobernador Acosta, en las que señala la pobreza de esta provincia: "...que para ir alguna vez a la iglesia, alquilan o piden prestada la ropa que han de vestir"¹⁰ y todo colegial podrá repetir como loro que Costa Rica "tan pobre, tan pobre vivía" que el mismo gobernador tenía que efectuar labores en el campo. El aislamiento y la indigencia, sin duda, fueron ciertas, pero a partir de la historiografía de León Fernández y otros, la ideología dominante tenía todo interés en fomentar que eso formara parte del mito de los "labriegos sencillos" inmaculados, felizmente no contaminados por esos "indios" de las otras repúblicas ístmicas.

Los nuevos historiadores rechazan grandemente esa hipótesis, largamente mantenida, del "excepcionalismo" tico. A raíz de lo anterior, el país vive mentalmente no solo como isla en el contexto regional sino, también, como entidad sin raíces, salvo cuando en la retórica consuetudinaria, cada 12 de octubre, conviene repetir la letanía sobre "nuestros pobres antepasados, los indígenas". Con todo y absoluto respeto por Garabito y Presbere, culturalmente y en su expresión artística, los de su raza no fueron incorporados en la construcción de la colectividad nacional, como, sin lugar a dudas, sí se comprueba en el paisaje poblacional y expresivo (pero no político) del guatemalteco. Una de las explicaciones es que la población indígena costarricense, aparte de poco numerosa de partida, fue exterminada y exportada como esclavos para el Perú¹¹.

En el nivel de ideología dominante, fuertemente reforzada en cantidad de obras ticas, hay que ver cómo este reduccionismo llegó, incluso, a

confundir el país entero con el Valle Central o únicamente los josefinos. Magón y Echeverría, tan ensalzados, fueron los epígonos de ese ostracismo interno: solo tardíamente (y todavía a medias) en términos políticos se incorporó en la realidad nacional las provincias alejadas de la Meseta intermontana, como Guanacaste y Limón. Costa Rica toda (y su arte en especial), se encuentra históricamente marcada por la prepotencia del habitante de la ciudad versus el "maicero" u hombre del campo. En cuentos como "El clis del sol" y en "La firmita", el tonto siempre es del área rural. El folclor guanacasteco y la artesanía indígena sólo son aceptados por una sublimación de autoconvencimiento y últimamente de corte turístico

2.3 Registros limitados del realismo

En definitiva, en el panorama artístico local se refuerzan mutuamente las erróneas conceptualizaciones señaladas, combinadas, completándose así una vivencia insular. Isaac Felipe Azofeifa lo identificaba con un título algo sarcástico: "La isla que somos", nuevo ejemplo de que la actitud es más fuerte que la realidad. Pero Centroamérica se comporta como si fuera un archipiélago en el mundo. Otro título, más fuerte todavía, pero apegado a la percepción local, habría podido ser: "la isla que nos creamos", porque en la labor diaria respecto del campo expresivo, se va alimentando esa ilusión de extraterrestres, en todo caso extracentroamericanos¹². Hasta el lenguaje dicotómico refleja lo anterior: un costarricense dirá que va para Centroamérica, como si viviera en otra parte del globo.

Para el ámbito centroamericano que por lo demás conoció muy personalmente, Rubén Darío diagnosticó cierta preferencia en el desempeño de determinadas expresiones literarias: Nicaragua llevaría la palma en el ramo de la poesía y Costa Rica tendría más inclinación hacia otros géneros. Algo más de un siglo después de esas aseveraciones, es sorprendente no sólo verlas confirmadas, porque constituyeron todo un pronóstico, sino resulta interesante, también, aventurar unas apreciaciones

respecto del tono artístico y el sentido de la realidad que se han manejado en algunos países del istmo. Por su manejo de la temática indígena y dictatorial dentro de un estilo surrealista (pero no de simple copia de lo europeo), Asturias no puede ser sino guatemalteco; el salvadoreño Manlio Argueta se caracteriza por un timbre realista diferente al de Fabián Dobles y Joaquín Gutiérrez, de pura cepa costarricense; la novelística "femenina" de la nica Gioconda Belli no se confunde con la de Magda Zavala, su vecina al sur del río San Juan.

Limitándome de nuevo a lo local, salvo excepciones muy contadas, prevalece, sin embargo, un registro de realismo inmediato, fotográfico, muchas veces costumbrista. Señalaba Carpentier que el auténtico latinoamericano no se identifica por el poncho ni por la quena, sino por el alma, debajo y por dentro. Parece una lección no entendida en el ámbito costarricense, como si estuviésemos todavía en las etapas iniciales de la literatura nacional; por eso la producción difícilmente alza vuelo, como en cambio cada frase de García Márquez se levanta hacia lo universal, pese a que arranca desde los Buendía en Macondo, ámbito muy localista. No hay autores de ciencia-ficción en el terruño, en parte porque apenas si se respira respeto por la ciencia¹³; Fernando Durán intentó una escritura fantástica, en la línea de Jean Rey. Pero lo demás queda en el nivel de llanura.

2.4 Lo cómico que no alza vuelo

Algo por el estilo pasa con la expresión artística del humor, dimensión desde luego inherente a toda la especie humana, tan bien distribuido, en principio como el sentido común, esto último, según la aseveración de Descartes en su famoso Método. Dentro de ello, desde tiempos de Aristófanes, caben grados diversos, de tipo humor fino, sutil (y por eso más penetrante, como Quevedo), hasta la carcajada burlesca y abierta (en la línea de Carmina Burana). En el humor tico prevalece casi siempre un rasgo de choteo que Eugenio Rodríguez ve como parte de la identidad nacional¹⁴. Pero aplicado a lo artístico, desemboca en una re-

ducción del espectro que manejaron maestros universales como Molière y Goldoni, entre otros. La oferta de espectáculos en el teatro local, por ejemplo, (lo mismo que cantidad de programas en la televisión local), se caracteriza por una modalidad que recibe el nombre, típico y muy coloreado, de mejenga. Hasta el arte se consume como mejenga. Aparte de referirse a una forma peculiar de consumir licor, socialmente establecida, el término, muy connotado, adquiere cada vez más una gama de aplicaciones, desde lo futbolístico hasta para ciertos programas de diversión. Prevalece siempre el juego, lo lúdico pero, sobre todo, también la idea de mezcla y falta de rigor. En el orden de lo humorístico, por medio de exponentes¹⁵ socialmente muy aceptados —por algo los contratan— se generaliza un tipo de humor en realidad muy monocorde y, en una palabra, chabacano, nada del "spirit", la mofa sutil a la inglesa, por ejemplo. Inmediatamente, salta a la mente el famoso barómetro sobre la relación teatro-sociedad, en la conocida aseveración de Lorca.

Frente a esa presencia (sólo nefasta en sí de volverse única), brillan por su ausencia, por ejemplo, la farsa inteligente, la parodia bien construida, la comedia, por último en versión cantinflasca. Todo se vuelve bufonada vulgar, jocosidad de grueso calibre, chacota y chilindrina (y la mención del Chavo del 8, un programa mexicano, no es gratuito). Falta prácticamente por completo, en el país, el sentido de la ironía, como peculiar montaje desde una ficticia ignorancia, de la que tanto el emisor como el receptor se vuelven cómplices, según la acepción clásica. El costarricense, y su arte, reflejo de su pueblo, carecen de esa herramienta y el círculo de verdad se vuelve redondo: los medios aducen que sirven lo que "el pueblo" pide, pero ese moderno "pan y circo" está en realidad hábilmente aderezado según la receta que conviene a los propietarios de los medios de comunicación comercial, en estrecha complicidad con poderosas marcas del mercado local.

Los franceses, en mucho tan chauvinistas como los ticos, tienen, sin embargo, abundancia de su propia vacuna al respecto: la autocrítica, el auto-choteo, si se quiere, tan omnipresente hasta en

su conversación diaria. Un grado más elaborado es la mordaz pluma de literatos como Montesquieu, el sublime Rostand, el eterno Voltaire. Los ingleses tienen algo de flemático al mismo tiempo de catarsis crítica, dentro de su propia comunidad, sin confundir para nada con la bajada de piso y el morboso "vinear" de cierto país tropical donde el qué dirán es una institución perenne. Para la isla británica, que sí lo es en muchos sentidos, la calidad superior de un Óscar Wilde y un Bernard Shaw (¿ambos por sus buenas gotas de sangre irlandesa?), han enseñado a serruchar el piso a tanta ínfula imperial. Se trata de una útil forma de criticidad frente al individuo y la colectividad. En Costa Rica, nada de sutilidad: todo a machaca o, mejor, a patada...

La televisión norteamericana tiene programas hartos mediocres donde, poco menos, ponen delante de las narices del espectador el letrero "applause" y a falta de eso que ya sería grosería, ponen una banda sonora donde se "invita" a grados de risa, sonrisa o carcajada, según convenga al emisor. Sin embargo, en Costa Rica no se necesita ni eso, porque en términos del viejo Figueres, también en lo cultural, estamos domesticados, yendo "adelante" o "pasándola" con tapojos estéticos como los caballos de antes: así lo demuestran el manejo sesgado de lo real y de lo cómico.

2.5 El personalismo y la falta de distanciamiento

Como resultado de un mundo tan pequeño girando alrededor de su propio eje, la actividad cultural adolece de oxígeno y perspectiva o punto de comparación de mayor envergadura. Cantidad de indicios, más que pruebas evidentes, apuntan, sin embargo, hacia el mismo diagnóstico. Una voz crítica del mismo medio, en excepcional auto-análisis, ha señalado hace poco que se trata de "un país de a poquitos, en chiquito y a raticos y transido de bajadas de piso ante cualquier innovación." De seguro este señor no debe tener ambiciones presidenciales, ni de ganar ningún concurso de simpatía¹⁶.

Sobre todo desde la ausencia de editoriales de perspectiva supranacional, regional, como EDUCA y CSUCA, las casas editoras locales se han ido caracterizando por autocomplacencia. Se publica mucho, demasiado, pero en libros cada vez más diminutos, con lo que se refuerza la idea de publicar como elemento de prestigio (ver el refrán de "plantar un árbol...", etc), más que por aporte cultural. En el nivel de consumo, la creación, sobre todo si es de poesía, el autor prácticamente lo tiene que regalar porque no existe una cultura de lectura, como sí la hay en Nicaragua, en este género y la hubo con el costarricense Joaquín Gutiérrez a cargo de la colección popular Quimantú, en el Chile de Allende. La misma idea de "librería", en el sentido clásico de la palabra, se confunde cada vez más con el bazar, sin que se ofrezca realmente ya la alternativa electrónica tipo Amazon (y no es que los llamados "e-books" sean, en sí, una panacea).

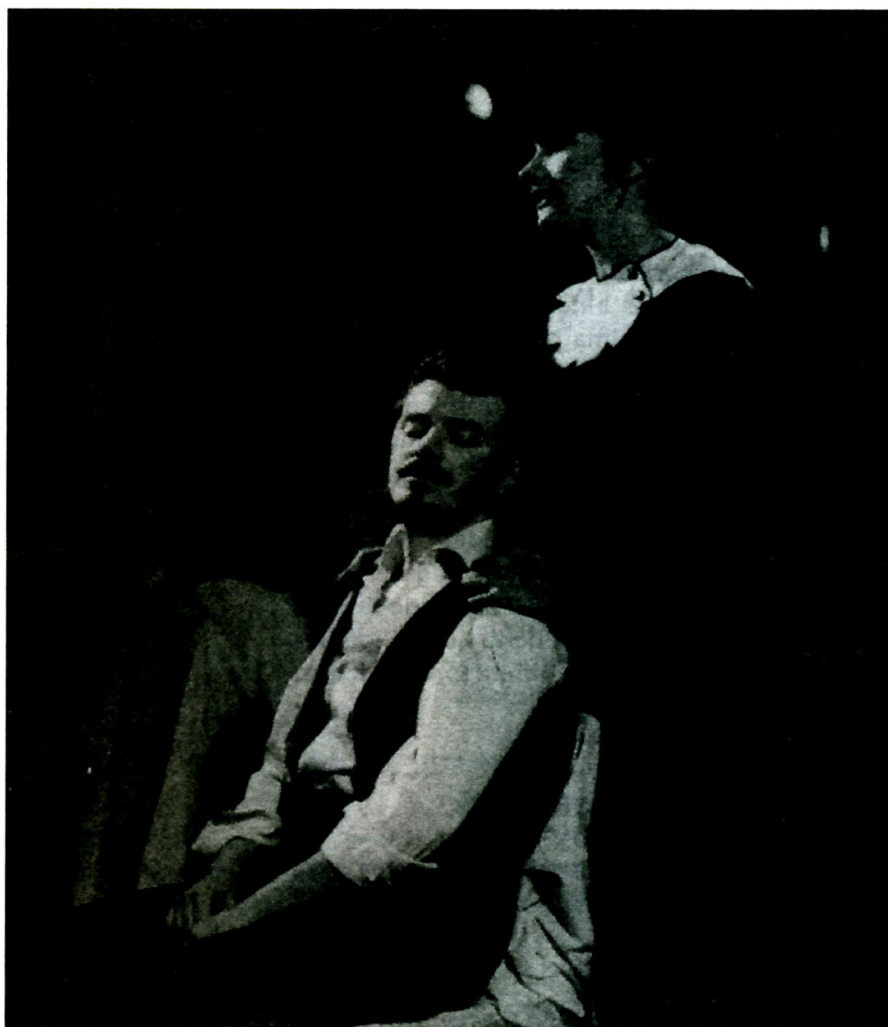
En torno a lo anterior y en refuerzo, allí está lo publicado en revistas diversas y efímeras que se sacaron por prestigio momentáneo del responsable, pero que sin política de colaboraciones y de difusión, van atiborrando los sótanos y los altillos. Fracasó un esfuerzo meritorio de sacar adelante revistas regionales ("Hombres de maíz" y "Panorama", ...), lo mismo que se le dio entierro, antes de nacer, a la idea de coordinación entre suplementos culturales regionales. Felizmente, el año finisecular vio forzado por diversos lados (no siendo el menor el último Premio Magón¹⁷), un llamado a reformar la política de premios. Nuevamente por lo estrecho del medio, entre jurados y premiados, éste había desembocado en una auténtica "auto- y mutua-" premiación. Lo reducido del entorno físico se vuelve causa y consecuencia de signo equivalente en lo psicológico, y se hace permanente la confusión entre la persona y el cargo: una lacra que afecta mucho la criticidad de por sí ya limitada. No hay distancia, todo se vuelve personal, cosa nefasta por la ausencia de la idea misma de criticidad seguida por la superación. Con contadas excepciones, ¿cómo va a haber crítica de arte, en tal medio, si el mismísimo concepto de "crítica" se considera equivalente de rechazo o de ataque personal?

3. Endogamia: una hipótesis dura pero necesaria

"*Visión es el arte de ver las cosas invisibles*", señalaba el genial Swift. Con la brujería del recurso "extranjerizante", por lo menos en perspectiva, hemos procurado visionar, revelar, ciertas realidades subyacentes a la percepción artística (y general) del medio. Con permiso de Unamuno, "me duele Costa Rica". Las características señaladas no constituyen sino síntomas de una sola enfermedad por identificar como "endogamia cultural". El término, de raíces griegas (*endon*, dentro + *gamos*, casamiento), se utilizó desde el siglo XIX, sobre todo en contexto antropológico, para referirse a la unión obligada dentro de la propia comunidad. Pues bien, como se sabe, éste ha tenido históricamente una valoración totalmente antagónica: por un lado la estimación falsa de clase superior, como la sangre azul y los reyes que se casaban con gente de la misma clase; por otro, la degeneración que se comprobó en esas mismas familias.

En lo biológico, la pobreza genética, la falta de renovación y las uniones demasiado cercanas, a las pocas descendencias produce taras y hasta locura. El uso idiomático local refleja diversas expresiones típicas de alerta al respecto. La gente de pueblo se suele tratar de "hermano", "mano", "primo" o "padre", simplemente porque, partiendo de la realidad inmediata, esos términos se generalizaron perdiendo un tanto su referencialidad directa. La cantidad reducida de apellidos

distintos o, lo que es lo mismo, la repetición de ellos, hace que frente a esa "normalidad" directamente suenan "raros" los apellidos fuera de la docena de consabidos. Aquello de que todos son "hermaníticos" no resulta, entonces, sólo una metáfora. La importancia de la medicina familiar y la incidencia de determinadas enfermedades y degeneraciones, concentradas por lugares geográficos, redundan en el mismo sentido. Desde el tremendo remezón de la Conquista, con su violación sistemática y consiguiente mestizaje, durante siglos no hubo renovación de la sangre.



EL OTRO, de Miguel de Unamuno, dirección de Javier Vidal. (Foto: Miguel García).

Igual, en lo cultural, la oxigenación permanente se vuelve *conditio sine qua non*. Nuevamente el recurso verbal-popular revela una causa profunda: no será gratuito si la gente de antes señalaba que los ramonenses (igual que los cartagos) eran locos o poetas¹⁸. Leamos entonces, desde luego, a Lisímaco Chavarría, pero por allí también a Lorca, a Quevedo, a Becquer, para quedarnos de momento en la rica herencia hispana. El encierro sin confrontación con lo realmente otro, engeuce y empobrece directamente todos los poros y sentidos del artista, sobre todo si es producto de una educación que se sustenta en la ideología del pobrecito, desgraciadamente vuelta cosa diaria. Pierre Thomas¹⁹, no por casualidad un foráneo, ayudado por la distancia y la perspectiva que le permite esa condición, escribió hace poco un libro reflejando esa característica, la cual se vive como "natural" en el medio y que los mismos educadores, lo subrayamos ya, lejos de remediar, suelen fomentar subrepticamente.

En otra colaboración debo volver sobre esa crucial relación entre aldeanos y gigantes. El punto deberá implicar una perspectiva que lógicamente contribuya a superar ese cruel diagnóstico: en lo artístico y literario, lo mismo que en todos los campos, Costa Rica debe someterse a la autocrítica sana y constructiva, que se logra por el abandono de ese complejo del ombligo que la ha caracterizado; en seguida, debe abrirse a lo exterior, no para absorber cualquier cosa, sino en recta aplicación de la función de la piel, practicar el ósmosis cultural de lo que le conviene de fuera, guardando también lo de adentro siempre y cuando sirva.

Notas

- 1 Ver: "¿Osmosis cultural?", colaboración para ESCENA, en preparación.
- 2 Referencias:
 - MOLINA Iván y PALMER, Steven. **Historia de Costa Rica**: Editorial de la Universidad de Costa Rica. 2ª reimpresión. 2000, 148 páginas.

QUESADA Álvaro, **Breve historia de la literatura costarricense**. Ed. Porvenir. 2000, 85 páginas.

- 3 En su libro **De bello gallico**, Julio Cesar hace explícita referencia a los "belgas".
- 4 Siempre me ha llamado la atención la utilización de la arquitectura como signo político y cohesionante: he trabajado dos años en la muy sureña ciudad de Valdivia, en Chile, en donde existe más de un torreón español como el que orgullosamente conserva Heredia de Costa Rica. Son gemelos pese a que no existían ni la tecnología comunicativa moderna que nos caracteriza: no hacían falta fotocopias de planos, porque por una voluntad de hierro de construir un imperio, esos estaban en las cabezas más que en los libros.
- 5 ¿Para cuándo una historiografía centroamericana al respecto recordando que fueron los leoneses que llamaron al "hombre de los ojos grises" a aliarse con ellos en contra de los granadinos? En cambio, ahora, todavía se enseña el asunto poco menos como si fuera una guerra santa de Juanito Mora contra los nicaraguenses.
- 6 Véase de manera especial los trabajos de las historiadoras Astrid Fischel y Patricia Fumero, quienes han estudiado la construcción artificial y voluntarista de una nacionalidad con los símbolos arquitectónicos y con el movimiento educativo.
- 7 Aquí citaré con énfasis diversos trabajos de Álvaro Quesada, también, desde luego, autoridad sobre todo en relación con la dimensión literaria del primer movimiento.
- 8 Una visión crítica, con énfasis en lo literario se debe a un talento desaparecido prematuramente: Jorge Valdeperas (ver bibliografía): se trata, por cierto, de un libro que habría que conocer más ampliamente.
- 9 Ver mi contribución anterior en ESCENA, UCR, n° 45, año 2000.
- 10 GUTIÉRREZ Braun, Hernán. **La ingeniería en Costa Rica, 1502-1903**. Cartago, Instituto Tecnológico de Costa Rica: 1981, p. 34.

- 11 Ver en lo literario y ensayístico, los trabajos de Tatiana Lobo, respecto de lo costarricense, en cuanto a presencia e importancia de lo indígena; fuera de lo costarricense y en el nivel centroamericano, en lo literario al respecto recomiendo la lectura de "El burdel de las Pedrarias", de Ricardo Pasos.
- 12 Ver la incidencia de ese lenguaje hasta en la nomenclatura oficial: estudio en el matutino LA NACIÓN del 21 ó 22 de junio de 2000.
- 13 El tico es asiduo comprador y usuario del "gadget" tecnológico importado, pero no tiene realmente espíritu científico: Clorito Picado y Franklin Chang tuvieron que salir, pero se recuperan *post factum* como héroes costarricenses.
- 14 Ver sus **Apuntes para una sociología del costarricense**. Tesis en la Universidad de Costa Rica, 1953. 2ª edición por la Universidad Estatal a Distancia, San José, 1977.
- 15 Si me obligan a citar nombres, piénsese especialmente en un tipo de presentador como Alejandro Rueda y en actrices como Marcia Saborío y María Torres.
- 16 Julio Rodríguez, columna EN VELA, **La Nación**, 24-05-2000.
- 17 Alfonso Chase, en su discurso de aceptación, junio del 2000.
- 18 Capítulo aparte sería estudiar en Costa Rica la influencia de deficiencias físicas y síquicas en casos individuales, ya no por endogamia. Lo mismo podría hacerse, por ejemplo, en el arte europeo, en una fascinante perspectiva englobando a Beethoven y Goya (sordera), Van Gogh y Baudelaire (locura), entre otros.
- 19 **La cultura del pobrecitico**. Editorial de la Universidad de Costa Rica: San José. 1992; reimpresión en el 2000, 220 páginas.

Bibliografía

- CHASE, Alfonso
2000 (su discurso de aceptación del Premio Magón 1999). Junio.
- MOLINA, Iván y PALMER, Steven
2000 **Historia de Costa Rica**. Editorial de la Universidad de Costa Rica: San José. 2ª reimpresión, 148 páginas.
- QUESADA, Álvaro
2000 **Breve historia de la literatura costarricense**. Ed. Porvenir: San José. 85 páginas).
- RODRÍGUEZ, Eugenio
1977 **Apuntes para una sociología del costarricense** (Tesis presentada en la Universidad de Costa Rica en 1953), 2ª ed. por la Universidad Estatal a Distancia, San José.
- THOMAS Claudet, Pierre,
2000 **La cultura del pobrecitico**. Editorial de la Universidad de Costa Rica: San José. 1992, 220 páginas.
- VALEMBOIS, Víctor
2000 "¿Fronteras en el arte? (Tan flotantes como aplastantes en el contexto globalizado)". Aceptado para publicación en revista **Escena**, n° 45.
- VALDEPERAS, Jorge
1979 **Para una nueva interpretación de la literatura costarricense**. Editorial Costa Rica: San José. 128 páginas.